

#METAMORFOSIS

#CHANGE

#CAMBIO

Jesús Torres

*“La noche es más oscura justo antes del amanecer.
Y os lo prometo: está a punto de amanecer.
O mueres como un héroe o vives lo suficiente para verte
convertido en un villano.
Yo soy lo que Gotham necesita que sea”
(Batman: El Caballero oscuro)*

PRIMERA FASE DE LA TRANSFORMACIÓN: HUEVO

Lugar del desarrollo embrionario que transforma la célula fecundada en un ser nuevo y cuya vida se encuentra protegida en todo momento.

6.47 H

Las llamas del fuego le hicieron cerrar los ojos, pero era imposible no sentir el calor en las pestañas. Mientras tosía e intentaba cubrirse el rostro con el brazo, comenzó a subir ladera arriba. Recordaba haber visto el mar en algún momento de la noche; no podía estar lejos. Justo cuando estaba a punto de superar la pequeña montaña de tierra, consiguió abrir por completo los ojos y fue entonces cuando vio aquella imagen que no conseguiría olvidar nunca: un esqueleto alzaba una afilada espada para, solo un segundo después, rebanar el cuello de un joven al que habían vendado los ojos. A la misma velocidad que aquella cabeza rodaba colina abajo, Gregor corría en dirección opuesta. Había divisado el árbol que coronaba aquel extraño cerro y sentía la necesidad de llegar hasta él. Del árbol colgaban dos robustas campanas, que comenzaron a repicar al tiempo que Gregor conseguía llegar al punto más alto. Desde allí pudo admirar, lleno de terror, la escena que, sin saber por qué, estaba viviendo. Un ejército de cadáveres se había hecho con el lugar y perseguía a cualquier ser vivo hasta acabar con él. Al fondo, un pequeño puente había sido tomado por aquellos cuerpos inertes, que llegaban ahora a una ermita de cuyo huerto desenterraban ataúdes, invitando a los muertos a unirse a su causa.

A la vez que divisaba el lejano mar, Gregor bajaba la colina en sentido opuesto al de aquella escena macabra. La otra ladera reservaba otra estampa que también sería difícil de olvidar: un grupo de brujas, capitaneadas por un macho cabrío, danzaban alrededor de un viejo, al que le prendían velas para clavárselas en la cabeza. El aquelarre no lo había visto, pero Gregor seguía corriendo, preocupado ahora por sus

manos que veía cómo, poco a poco, se comenzaban a ennegrecer y a llenar de un pelo duro y asqueroso. Mientras corría, advertía cómo sus dedos se manchaban de una sustancia viscosa que llovía del cielo. Levantó la mirada y vio que unos gigantescos relojes se derretían a la vez que unos elefantes, con unas patas exageradamente alargadas, pasaban por encima de él.

Gregor no podía prestar atención a aquél fenómeno sobrenatural, ni al ejército de muertos que aún le seguía, porque su cuerpo seguía mutando. Después de sus manos, notaba cómo todo su torso se endurecía. Gregor se estaba convirtiendo en un extraño insecto. No era un escarabajo. No era una cucaracha. Era un bicho que aún no se había descubierto. Gregor palpaba su cuerpo, buscando el motivo de su transformación. Sin saber por qué, Gregor se sorprendía a sí mismo diciendo unas frases que juraba que no eran suyas, que decía sin pensarlas ni razonarlas.

“Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo... sobre su cama... vientre abombado... convertido en un monstruoso insecto... bicho raro...”.

Un aliento de vida hizo a Gregor levantar su tronco, con los ojos abiertos y la respiración jadeante.

Eran las seis y cuarenta y siete de la mañana. Estaba sudado. Temblaba.

Gregor se tocó su entrepierna con la mano y notó que estaba mojado.

No se lo podía creer.

Hacía cinco años que no le pasaba.

Gregor se había vuelto a orinar en la cama mientras soñaba.

LA TEORÍA DE LOS LÍQUIDOS

La última vez había sido a los doce años.

A Gregor le daba vergüenza quedarse a dormir en casa de algún amigo porque, noche sí y noche también, mojaba las sábanas. Había visitado a varios “*orientadores*” que habían intentado ayudarlo. “*Orientadores*” era la palabra que usaba su madre para evitar decir “*psicólogos*”. La madre de Gregor pensaba que a su hijo le daría vergüenza ir a una de esas consultas pero, la verdad, es que a Gregor no le importaba lo más mínimo, y parecía que le daba más vergüenza a ella que a él.

Gregor había escuchado varias veces, desde su habitación, a su madre hablar con alguna amiga del “*problema de Gregor*” y de cómo le estaban sacando el dinero sin solucionar nada. Con doce años, Gregor aprendió que eso de mearse en la cama tenía un nombre: *eneuresis*, o algo parecido; aunque a Gregor le gustaba más llamarlo “*la teoría de los líquidos*”. Intentando buscar en su libro de Ciencias alguna explicación, encontró algo sobre las características de los líquidos. En el libro, decía que “*los líquidos son muy poco comprensibles*”, pero él siempre pensó que era un errata, un error en el texto y que realmente esa teoría decía que “*los líquidos son muy poco comprensibles*”.

A Gregor no le entendían ni los líquidos.

Gregor, nada más acostarse, le pedía comprensión a su cuerpo, se concentraba en no hacerse pis y hacía la cuenta de cuántas horas llevaba sin beber ni agua ni Coca-Cola. Recordaba cómo, cuando se había lavado los dientes, incluso había evitado tragar algún sorbo de agua. Hacía los ejercicios

de respiración que los “*orientadores*” le habían pedido que hiciera y, poco a poco, se quedaba dormido. Pero, cuando se despertaba, la cama volvía a estar mojada.

Eso hacía que al Gregor de doce años le costara más aún hacer amigos. Siempre rechazaba las invitaciones de “*fiestas pijama*” por los cumpleaños e inventaba cualquier excusa para no ir a la noche de “*Series hasta el amanecer*” de Paula, una quedada que hacía una vez al mes, en la que varios amigos se quedaban en su casa viendo series y comiendo chucherías hasta las seis o siete de la mañana. A Gregor no le faltaban ganas pero, si aquello volvía a ocurrir y si se meaba en el sofá de la casa de Paula, iba a ser difícil ocultarlo.

Al final de segundo de la E.S.O., el instituto organizó un viaje de fin de curso a Sierra Nevada. Gregor tenía claro que no iba a ir y puso como excusa que su madre no tenía dinero para pagar ese viaje. La verdad era que le daba vergüenza que le volviera a pasar “*eso*” por la noche. Pero la madre de Paula le dio la “*sorpres*a” de regalarle el viaje por su cumpleaños, que justo coincidía en ese fin de semana. Gregor no disfrutó nada del primer día en la nieve, pensando en que, cuando llegara la noche, no iba a poder evitar que pasara lo que tenía que pasar. Además, para empeorar más el asunto, a Gregor le tocó compartir habitación con Abel, declarado oficialmente como “*su mayor enemigo*”.

Gregor no entendía qué tipo de criterios de convivencia aplicaban sus profesores. Para dos amigos que tenía, ¿no hubiera sido más fácil que compartiera habitación con alguno de ellos? ¿Por qué ponerlo con un chico que, seguramente, acabara asesinandolo a media noche? O peor aún, ¿por qué compartir habitación con alguien que, en cuanto supiera de su secreto, no tardaría en pregonarlo por todas las redes sociales?

Llegó la primera noche. Habían cenado en una pizzería y, después de dar una vuelta por Granada, habían vuelto al albergue. Lo típico: un par de horas llamando a las otras habitaciones, corriendo por los pasillos y asustando a cualquiera que apagaba la luz. A las dos de la mañana, un guardia de seguridad del albergue se puso serio y no hubo más remedio que acostarse. La cama de Gregor estaba a medio metro de la de su archienemigo. Si “eso” volvía a pasar, era imposible que no lo viera o, al menos, lo oliera.

Abel, antes de acostarse, sacó una botella de ron que llevaba escondida en la mochila y le dio un trago.

—*¿Quieres?*

Gregor no había probado nada que llevara alcohol en su vida. Pero pensó que, si se meaba encima, ya iba a ser bastante motivo de coña, así que le dio un sorbo corto a la botella.

—*Joder, Gregorito, no me seas, eh... ¡Que es tu cumple! Bebe un poco más; verás cómo duermes calentito.*

Gregor bebió otro trago, igual de corto que el anterior, pero Abel le inclinó la botella para que bebiera más. Gregor intentó evitarlo y, en el forcejeo, la botella terminó derramándose encima de su cama. Abel se rió de él.

—*Ostias, tío, ¡ahora parece que te has meao encima!*

En contra de lo que pensaba Abel, Gregor no podía estar más contento. Ahora, pasara lo que pasara esa noche, tendría la excusa de la botella. Después de charlar un rato (o más bien, insultarse un rato), se quedaron dormidos. Por la mañana,

Gregor se levantó sin haberse hecho pis encima. Sus líquidos habían comenzado a comprenderle.

A partir de ese día, Gregor no volvió a pensar en la Teoría de los líquidos.

Hasta hoy.

Gregor estaba tan mojado que no distinguía entre el sudor y el pis. Joder, tenía dieciséis años, ¿cómo le podía haber pasado esto otra vez? Por encima de la sábana, comprobó que el libro que estaba leyendo cuando se quedó dormido se había salvado del tsunami. A tientas, Gregor cogió las gafas de la mesita de noche y, después de quitarse las legañas con las manos, se las puso. “*La Metamorfosis*”, de Franz Kafka. El de Filosofía les había pedido que se lo leyeran “*cuanto antes*”. ¡Como si no tuvieran otra cosa que hacer! Releyendo la primera página, Gregor entendió que había mezclado el libro en el sueño que había tenido.

“Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto. Estaba tumbado sobre su espalda dura y en forma de caparazón y, al levantar un poco la cabeza, veía un vientre abombado, parduzco”.

Parduzco. ¿Quién usa esa palabra? No sabía qué significaba, pero un “*vientre parduzco*”, daba asco. Lo peor era que solo se había leído un par de párrafos antes de quedarse dormido. El control de lectura era al día siguiente. Hoy tendría que pasarse la tarde leyendo el puto libro.

EL HÉROE Y EL DRAGÓN

El ritual de quitar las sábanas mojadas era algo que tenía más que ensayado. Más que un ritual era algo así como una coreografía.

Dejar la almohada y los cojines haciendo equilibrio en la silla con ruedas donde se sentaba a estudiar.

Volver a la cama.

Levantar el colchón.

Quitar la sábana.

Dar un tirón de una de las esquinas de la parte de los pies.

Quitar la sábana bajera.

Comprobar el colchón.

Cuando Gregor vio el colchón mojado sintió que viajaba en el tiempo. Inmóvil, con la sábana en la mano, vio su reflejo en el espejo de su armario y, por un momento, vio reflejado al Gregor de doce años, en la misma posición, haciendo exactamente lo mismo. Habían pasado cuatro años, pero a Gregor le parecían veinte. Ese niño de doce años que aparecía en el espejo no tenía nada que ver con él, con el Gregor de dieciséis. Sin embargo, sentía que conocía mejor a ese niño que al Gregor que ahora volvía a notar cómo la vergüenza lo mojaba y, a la vez, inundaba toda la habitación.

Sábana, sábana bajera, edredón, pijama y calzoncillos. Sin hacer ruido, Gregor abría la puerta de la habitación y, corría descalzo hasta el baño con una toalla enrollando su cuerpo. La puerta del baño, que siempre rechinaba al abrirse, era la segunda prueba que había aprendido a superar. Cuando era pequeño, siempre le recordaba a la puerta de un castillo. Una vez dentro, cerraba el pestillo y, entonces, Gregor se

encontraba a solas con el dragón, la tercera prueba del héroe. Gregor miraba fijamente a la lavadora como si fuera un dragón, una bestia a la que tenía que alimentar, una maldición que amenazaba el reino de su adolescencia y a la que tenía que hacer una ofrenda todas las mañanas. Gregor veía su rostro deformado en la puerta de plástico de la máquina, la abría y, entonces, a veces, incluso escuchaba a la lavadora reírse de él. Ése era el momento en el que le tapaba la boca metiendo toda la ropa a la vez, intentando ahogar al monstruo, obligándole a callar. Un cazo de detergente y lavado rápido a cuarenta grados.

Gregor había aprendido a poner la lavadora a los nueve años. Cuando llevaba un año mojado la cama, un “*orientador*” le dijo a su madre que tenía que hacerlo partícipe de lo que significaba mojar la cama todos los días. Gregor pensó que, cuando llegara a casa, le iba a tocar una charla sobre la confianza y la autoestima, pero su madre se decantó por ser más práctica y le enseñó a usar la lavadora. Con un lápiz rojo, había marcado la rueda en la posición exacta en la que tenía que activar el lavado. Con el tiempo, la señal había desaparecido; cuando dejó de mojar la cama, él mismo la había borrado con el dedo. Cada vez que pasaba cerca de la lavadora, le daba una patadita con el pie derecho y media sonrisa se esbozaba en su rostro. Durante un tiempo, el héroe había vencido al dragón.

Pero, esa mañana, la marca roja había vuelto y el dragón volvía a rugir.

Nunca había entendido por qué, en su casa, tenían la lavadora en el baño. Pensaba en las casas de las películas americanas, en las que la lavadora está en una especie de sótano, alejada de las habitaciones. Gregor pensaba en cómo hubiera sido su vida si hubiera vivido en una casa americana, con una familia

americana. Cada mañana, él bajaría al sótano y lavaría la ropa mientras hacía ejercicio en una cinta de esas para correr. Luego, subiría de nuevo a la casa y, al pasar por la cocina, encontraría a su madre de espaldas, vestida de un azul claro, mirando por la ventana del jardín.

–Mike, las tortitas están listas. Coge la mantequilla de cacahuetes del freezer y despierta a tu hermana. ¡Alice, el desayuno!

Entonces, él subiría las escaleras hacia la habitación oyendo a su madre decir:

–¡Nuestro Mike se ha hecho mayor!

Su padre lo miraría por encima del periódico y le guiñaría el ojo, cómplice. Y bajaría de nuevo, vestido con una chaqueta del equipo de rugby, cogería una tortita de la mesa y, mientras diría algo así como “*Desayuno por el camino, llego tarde. Papá, te veo en el partido. ¡Os quiero!*”, un autobús amarillo pasaría por su puerta y lo llevaría al instituto.

Y nadie se habría enterado de que habría mojado la cama.

O tal vez, si hubiera tenido esa familia y esa casa, no habría mojado la cama nunca.

Cuando la máquina infernal comenzó el centrifugado, Gregor volvió a la realidad. ¿Esa iba a ser su nueva realidad? ¿Pasaría otra vez cinco años mojado la cama todas las mañanas? Un escalofrío recorrió su cuerpo. Recordó entonces que no solo había mojado la cama y, en cuanto acabó el programa de la lavadora, activó la secadora y se metió en la ducha.

Había vuelto a su habitación con las sábanas, aún un poco húmedas, y las había vuelto a poner en la cama. Se puso el

pijama y se acostó de nuevo.

Gregor miró la hora en el móvil.

Las siete y veintinueve.

Quedaba un minuto para que la alarma sonara. En otra realidad paralela, Gregor estaría ahora mismo dormido y nada habría pasado. Pero ya nada iba a ser como antes. El día de hoy estaba jodido desde incluso antes que empezara. De hecho, el día de hoy estaba jodido desde ayer. Desde anoche. Esa noche iba a cambiar el resto de su vida y todo comenzaría por volver a mojar la cama.

Anoche...

No, no era el momento de pensar en lo que ocurrió anoche.

La alarma comenzó a sonar y Gregor despertaba ahora, oficialmente. Como cada mañana, buscó en el móvil la aplicación de la cámara y se vio reflejado en la pantalla. Aún tenía el pelo mojado. Se intentó secar el pelo con la almohada y se despeinó. No tenía buena cara.

De un cajón de la mesita de noche, Gregor cogió un pequeño tarro de maquillaje. No, realmente no era maquillaje, era como una crema para hombres, de esas que hidrata la piel y quita las ojeras. Y punto. Era la forma que tenía Gregor de argumentar que no usaba maquillaje. Eso era de chicas.

Esto era otra cosa.

Gregor cogió un poco de cera para el pelo y, después de mezclar con las manos, siguió “despeinándose”.

Ahora sí. Ahora parecía que acababa de despertar. Cogió una lata de *Monster* que había dejado a medias en la mesita de noche y bebió un sorbo.

Gregor volvió a tumbarse en la cama y, mirando al techo, apuntó la cámara hacia él.

Eran las siete y treinta y cinco y, como cada día, Gregor conectaba la aplicación *TeenLife*.

TEENLIFE

Conectando...

*Online. Hola, @Grego-río!
Bienvenido a TeenLife. Comienza la vida en directo.*

–Eeeeeeeey, ¡buenos días, gentes! ¿Hay alguien despierto? Buenos días... Venga, vagos, que son ya las siete y media pasadas, que hay que levantar este puto país...

@GRETAS17 se ha conectado.

@GRETAS17



–Ey, Greta. ¿Qué tal? ¿Cómo has dormido, niñata?

@GRETAS17

Bien, y tú? Soñando con 😊 o con 😈?

–Ostias, Greta. Pues he soñado una rayada que no veas.

@GRETAS17

A ver... Miedito! 🧟

–Pues tía, he soñado que estaba corriendo por un campo, donde había mazo de esqueletos, tipo Tim Burton, que le cortaban la cabeza a todo Dios, a lo “*Juego de Tronos*”, pero a saco. Miraba hacia adelante, flipando, y un esqueleto, que era como el que mandaba, como el capitán... la Muerte, vaya,

venía hacia mí corriendo. Bueno, corriendo, al galope porque iba a caballo, ¿sabes? Se sacaba una super guadaña y empezaba a gritarme. Y, claro, como él me gritaba, yo le gritaba más fuerte todavía. Cojo una espada que no me había dado ni cuenta que tenía en la mano, y me voy corriendo hacia él.

@GRETAS17

Y q?

—¡Y me lo cargué, tía! Le di con la espada y salieron volando los huesos, ¿sabes?

@GRETAS17

Ja, ja, ja, estás flipao...

—Tía, no te rías. Que es una rayada, y que sigue... La cosa es que, de pronto, me doy cuenta de que me estoy convirtiendo en un bicho.

@GRETAS17

En un bicho??? Bicho raro ya eres. Fumao q vas...

—No, fumado no...

@GRETAS17

No, q va...

—Que no... Esto es lo que me había fumado... La puta “*Metamorfosis*” de Kafka. Me quedé dormido leyéndola anoche y he mezclado al Kafka con los cuadros de Arte que me estudié ayer, ¿sabes?... Nos están volviendo locos en el instituto...

@GRETAS17

Unos se vuelven locos y otras aprendemos... 🤪

–Aprender no; no paran de meterme mierda en la cabeza para volverme loco...

@GRETAS17

Mierda, no. Esto es lo que tú te metes... 🚬

–Que no, que yo no fumo, si lo sabes...

@GRETAS17

Se lo voy a decir a mamá

–¿Cómo que se lo vas a decir a mamá? Niñata, que yo no fumo...

@GRETAS17

Tarde, ya le he escrito...

–No le digas nada, que se raya más que yo... No, que luego cree que cualquier cosa es por culpa de ella y nos da el día...

@GRETAS17

Mmm...va, no se lo digo, pero me debes una. Vete ya al insti, mierda.

–Que sí, ahora me levanto... ¿Y tú, qué? Venga, ve al baño ya, que luego te llevas media hora y no puedo entrar...

@GRETAS17

Si te estoy escribiendo desde el trono, jaja 🐛

–Ah, que ya estás dentro, pues tira de la cisterna, que luego

huele a caballo cuando entro...

*@GRETAS17
Tira-te tú jajaja*

-Que me tire yo... Paso de ti, niñata.

@GRETAS17 sale de TeenLife.

-No hay nadie por aquí, ¿o qué? ¿Hola?

*@Grego-río, has salido de TeenLife.
Vuelve pronto!
Desconectando...*

A KIND OF MAGIC

Gregor se quedó en la cama pensando.

Si su hermana le había estado hablando desde el baño, no lo había descubierto por unos minutos. Si Greta se hubiera levantado cinco minutos antes, habría descubierto el secreto de Gregor.

Greta tenía casi dos años más que Gregor y seguía en el instituto. Había repetido dos veces. Lo suficiente como para que terminaran en el mismo curso. Gregor tuvo que suplicar a su madre que intercediera por él para que su hermana, al repetir, pasara a 2ªA y no terminaran en la misma clase. Y no terminaran incluso en la misma mesa. A Gregor le atormentaba esa idea.

–Si estáis en la misma clase, podríais usar los mismos libros. Nos ahorraríamos unos quinientos euros, Gregor. No seas egoísta.

Cada vez que Gregor pedía algo, su madre le intentaba hacer chantaje emocional llamándole “egoísta”. Era uno de los insultos que más le molestaba a Gregor. Solo había otro que le molestaba más aún, pero éste le hacía sentir lo suficientemente mal como para casi dejarse vencer.

Pero no.

En esa ocasión, Gregor se sintió fuerte. Él tenía razón. Su hermana ya había tenido la oportunidad de ser libre y la había desaprovechado. ¿Por qué él tenía que pasar el último año de instituto compartiendo pupitre y libros con su hermana?

Greta no cuidaba los libros.

Greta no pensaba en nadie que no fuera ella.

Durante toda su vida, Gregor había heredado los libros de su

hermana, lleno de pintadas, de dibujos, de corazones. Incluso hubo una vez que Gregor encontró, en una de las últimas páginas del libro de Historia de segundo de la E.S.O., una pintada insultando a Gregor con esa palabra que tanto le molestaba.

Que tanto le enfadaba.

Que tanto le hacía sufrir.

¿En qué estaría pensando su hermana para escribir un insulto que él terminaría leyendo dos años después?

La segunda alarma sonaba y hacía vibrar el móvil.

Gregor se había acostumbrado a las cuatro alarmas del móvil que iban despertándolo poco a poco.

La primera alarma era el mismo tono que Gregor usaba para las llamadas. Así, casi inconsciente, se despertaba para coger el móvil. Había días que ésta era la única ocasión en la que sonaba el tono de llamada.

La segunda alarma era un tema musical.

La tercera y cuarta alarma también eran temas musicales, pero iban cambiando cada dos o tres meses, dependiendo de lo que escuchara por ahí.

Pero la segunda nunca cambiaba.

A kind of magic, de *Queen*.

Gregor había descubierto la banda *Queen* por su padre. Recordaba que, cuando era pequeño, su padre ponía discos de vinilo en los “sábados de limpieza”, esos sábados de batallón en los que limpiaban hasta por debajo de las camas. Cuanto más ruido hacía la aspiradora, más fuerte sonaba *Queen*. El equipo de música de su padre no tenía nada que envidiar a las cajas que ahora conectaba por Bluetooth a su móvil y hacía temblar los cristales de las ventanas al ritmo de la música de los ochenta. Cuando el padre de Gregor se fue, la madre tiró el equipo de música, los discos y todo lo que oliera al padre de Gregor.

Una pena; ahora, podía haberlo vendido por una pasta.

Con suerte, Gregor consiguió guardar de la quema un disco de *Queen*. Como ya no tenía equipo para escucharlo, lo usó para un trabajo de Tecnología en el instituto, convirtiéndolo en reloj después de instalarle la maquinaria de un despertador antiguo. Gregor no era nada manitas; de hecho, era bastante torpe. Pero, en una tienda del rastro, vio a un hippie que vendía bolsos y relojes hechos con discos de vinilo y, gracias a un tutorial de Internet, copió la idea.

Ahora, ese disco de *A kind of magic*, colgado en la pared, de vez en cuando daba la hora.

Era lo único que Gregor guardaba de su padre.

Sin contar el rencor.

*This rage that lasts a thousand years
will soon be gone
magic, it's a kind of magic*

...

¿Se iría de verdad? Esa rabia que dura miles de años, ¿de verdad se iría pronto? ¿Cuándo se convertiría en magia? A Gregor no le gustaba la magia. Ni el circo. Ni nada que sonara a irreal. Pero esa canción era como un propósito que renovaba cada día.

Tranquilo, Gregor, es cuestión de magia.

Tranquilo, Gregor, no depende de ti.

Mientras sonaba esa canción, cada día, Gregor se levantaba de la cama y elegía la ropa. Zapatos tenía pocos. Pero la verdad es que tenía un armario bastante amplio, con pantalones, camisetas, camisas y sudaderas como para vestir a tres personas.

A tres personas diferentes, porque Gregor no tenía un estilo

definido. Dependiendo del día, Gregor era una cosa y, al día siguiente, lo contrario. El problema es que Gregor tenía el don de la inoportunidad. Si un día decidía ir con un pantalón y una camiseta totalmente casual, parecía que todo el instituto se había puesto de acuerdo para ir vestidos como a una entrega de premios; si al día siguiente, Gregor escogía una camisa, todos sus compañeros iban a clase como si fueran a la piscina municipal.

Gregor llegó a pensar que todo su instituto estaba en el mismo chat de grupo y que, cada noche, decidían a sus espaldas cómo ir vestidos al día siguiente.

“¡Veréis la cara de Gregor cuando nos vea a todos vestidos de rojo y él vaya de otro color!”.

“¡Que nadie le diga nada, veréis qué risas!”.

“¡La cara que se le va a quedar cuando nos vea a todos con camisa!”.

Nada de eso era cierto, pero Gregor no lo sabía. La verdad era que Gregor no significaba tanto para el resto, no era tan importante para la gente de su instituto. Era imposible que él fuera el centro de una conspiración. El verdadero problema de Gregor era que, cada día, intentaba disfrazarse de otro, de alguien que no era él. Tardaba exactamente cuatro minutos y veinticuatro segundos en decidir qué iba a ponerse cada día. Exactamente lo mismo que duraba la canción de *Queen*.

Para evitar meter la pata, Gregor había desarrollado un sistema de control de espionaje matutino mediante redes sociales. Cada mañana, ojeaba los perfiles de sus compañeros, esperando ver alguna foto o alguna conexión en directo en la que pudiera ver cómo iban a ir vestidos al instituto. Era entonces cuando decidía qué camisa o qué sudadera llevar ese día.

La noche anterior, había visto que @Albertotem llevaría un polo blanco con una corbata negra y corta. A Gregor no se le habría ocurrido combinar esas dos prendas en la vida, pero Alberto hacía ese tipo de cosas y, por lo normal, a todo el mundo le gustaba. Hacía dos semanas, usando el mismo sistema de espionaje, Gregor fue vestido “*casualmente*” con la misma sudadera que Alberto. A su compañero le hizo tanta gracia que se llevó todo el día llamándole “*hermano gemelo*” y haciéndose fotos con él.

Hermano gemelo.

Gregor y Alberto no se parecían en nada, pero la idea de tener un hermano gemelo emocionaba a Gregor. Y más si eso significaba que sería como Alberto. Durante todo el día, sintió una sensación de subidón de adrenalina y felicidad que, efectivamente, hacía que Gregor pareciera igual de divertido y simpático que Alberto.

Pero, al día siguiente, el hechizo se rompió y Alberto volvió a encontrar a otro hermano gemelo.

El hechizo de hermandad solo duró un día.

Al final, la canción tenía razón.

Era cuestión de magia.

COLA-CAO

MAMÁ MÓVIL

Gregor, vas tarde.

MAMÁ MOVIL

Tienes el desayuno en la cocina.

MAMÁ MOVIL

Gregor?

GREGOR

Me has hecho el desayuno? Y eso? Por?

MAMÁ MOVIL

Por nada.

GREGOR

Voy :)

MAMÁ MOVIL

Corre, que se te enfría el Cola-Cao.

GREGOR

En serio????

MAMÁ MOVIL

Qué?

GREGOR

Mamá, hace un año que no tomo Cola-Cao.

MAMÁ MOVIL

Como no me cuentas nada...

GREGOR

...

MAMÁ MOVIL

También tienes una tostada.

MAMÁ MOVIL

O tampoco comes tostadas ya?

MAMÁ MOVIL escribe.

GREGOR escribe.

MAMÁ MOVIL borra.

GREGOR borra.

MAMÁ MOVIL escribe.

MAMÁ MOVIL

Perdona. Todo lo hago mal.

NOSOTROS Y ELLOS

Por más que lo pensaba, Gregor no era capaz de encontrar el momento en el que comenzó a alejarse de su madre.

No hubo una discusión clave.

Ni un enfado.

Ni un portazo.

Pero, hacía tiempo, tampoco sabría decir cuánto, comenzaron a separarse más y más, y el camino de vuelta se hacía tan difícil de recorrer que parecía que no se iban a volver a encontrar nunca. Vivían en la misma casa, que tampoco es que fuera muy grande, pero los dos habían desarrollado la capacidad de no cruzarse casi nunca. “*Cuanto menos nos veamos, menos discutiremos*”, pensaba Gregor intentando salvar la relación.

Pero tampoco era cierto, ya que los encontronazos a través de mensajes cada día eran más habituales. Gregor ya resoplaba con solo ver la notificación de un nuevo mensaje de su madre. Todavía no sabía qué decía el mensaje, pero ya le molestaba. Y, después, cuando ya lo había leído, siempre encontraba algo que poder reprocharle. Siempre había algo que hacía mal.

Su madre se había convertido en algo indescifrable y, sin querer, él se había convertido en el hijo que ella veía que no paraba de crecer. Gregor sentía que ella se había transformado en algo así como una radio *vintage* a la que se mira con añoranza, mientras que él era un ordenador última generación que cada día tenía una nueva actualización. No había cable que los uniera. No había aplicación que pudieran compartir. Eran una radio y un ordenador condenados a no entenderse. No obstante, Gregor se entristecía cuando recordaba los días

en los que su madre era su única amiga. Cuando sus compañeros ya iban al cine en pandilla, él seguía eligiendo ir a ver el estreno del momento con ella. Cuando abrían una pizzería nueva, Gregor siempre encontraba un nota amarilla en la nevera que decía *“Hoy tenemos plan”* al lado de un dibujo, bastante mal hecho, de un trozo de pizza.

Simplemente, se trataba de robársela a su padre. De decirle *“ella es más mía que tuya, y los dos tenemos una relación que ni en los mejores tiempos has tenido con ella”*.

Pero, cuando el padre se marchó de casa, ella se volvió triste, Gregor se quedó sin nadie contra quién competir y entendió que nada iba a volver a ser como antes.

Greta nunca participó en esa competición. Los casi dos años de ventaja que se llevaba con Gregor la habían hecho ir a otra cosa. Últimamente, casi solo se hablaban por redes sociales. Se llevaban mejor y se sentían más cercanos en un chat que en la mesa a la hora de cenar. Las bromas de Greta solo le hacían reír a Gregor si las leía. Era entonces cuando pensaba que se podía haber llevado mejor con su hermana si hubiera sido una amiga más que siendo de su misma sangre.

Greta era un espejo en el que reflejarse. Y, aunque Gregor siempre fue mejor estudiante, mejor hijo y mejor hermano (si es que alguna de estas cosas pudieran medirse), Greta era inalcanzable si hablábamos de ser libres. Quizá, solo por ser diferente a él, cuanto más responsabilidad vestía Gregor, más desnuda era su hermana.

Cuanto más correcto él, más desastre ella.

Gregor se sentía responsable de la forma de ser de su hermana y pensaba que, quizá, si él hubiera sido más loco, quizá su hermana, por llevarle la contraria, hubiera sido mejor estudiante y ahora no estaría repitiendo curso en la clase de al lado. Gregor se agobiaba pensando que el mundo giraba en

torno a él, y que la gente era de una forma u otra tomándolo como punto de referencia.

Greta siempre fue “*más de su padre*”, pero no tenía la misma relación que su hermano y su madre.

La relación entre Greta y su padre estaba basada, no tanto en el amor, sino en, cómo decirlo..., en la complicidad.

No tenían palabras clave.

No tenían secretos.

No hacían planes juntos. O mejor dicho, sus planes eran totalmente diferentes a los de Gregor y su madre. Podían volver del cine, de ver la mejor película del año, que Greta aseguraba que ellos lo habían pasado mucho mejor. Y, quizá, lo único que habían hecho era estar sentados en el sofá, comiendo cacahuetes y viendo una película sin hablar. Pero para ellos, que se comunicaban con la mirada, aquella había sido una noche perfecta de padre e hija.

Gregor nunca entendió por qué para su hermana había sido tan fácil. Él llevaba años intentando descifrar a su madre; ella, con tan solo un resoplido, conectaba con su padre de una forma casi trascendental y más sincera que ellos después de diez cines seguidos.

Y ese fue el problema.

Y ese fue el problema que ninguno supo ver venir.

El “*nosotros*” y el “*ellos*”.

El campeonato entre dos parejas que, después de la competición de cada día, cerraba la puerta de la habitación pensando que, quizá, el otro equipo se lo había pasado mejor.

LOS ESTRATOS DEL ARMARIO

Cuando el olor del café llegó a la habitación, a Gregor se le vino a la mente que su madre había encendido la cafetera como quien enciende la pipa de la paz. Era una forma de decir *“No me había dado cuenta de que ya no tomas Cola-Cao. Lo siento”*. Gregor aceptaba la tregua e incluso se sentía mal por haber culpado a su madre de no conocer sus nuevos gustos.

–¡La cafetera! ¿Es que nadie la está oyendo? ¿Es que todo lo tengo que hacer yo?

Esperando que alguno de sus hijos apagara el fuego, la madre de Gregor gritaba desde el baño como una posesa. La pipa de la paz se había apagado y la tregua había durado poco. La madre de Gregor también tenía esa habilidad: la de firmar la paz con el mismo bolígrafo que después te tiraría a la cara como un arma de destrucción masiva. *“¿Me has hecho sentir mal? Pues ahora te vas a sentir mal tú, pero el doble, que para eso soy tu madre y sé más que tú de aquí a Pekín”*, pensaba Gregor que pensaba su madre.

La tostada ya estaba fría. Gregor volvió a meterla en la tostadora al tiempo que apagaba el fuego de la cafetera. Ya se había vestido con el polo blanco que, casualmente, llevaría también @Albertotem, pero no conseguía encontrar la corbata. Volvió a la habitación y abrió el armario. Sabía que tenía una casi igual a la de Alberto. La última vez que la usó fue en la comunión de uno de sus primos. Ni se acordaba cómo se llamaba. Era de la familia de su padre. Pero sí recordaba que llevaba esa corbata.

El armario de Gregor podía verse desde fuera como quien ve

los estratos de la Tierra.

La Corteza era la ropa que se había puesto en la última semana y que no había puesto a lavar: un par de sudaderas, la ropa de deporte y alguna camiseta de estar por casa.

Más abajo, encontraríamos el Manto, compuesto por la ropa que Gregor se proponía vestir, porque estaba casi nueva, pero que realmente nunca usaba.

Luego vendría el Núcleo Externo, esas prendas de invierno que, cuando pasa el verano, pasaban a formar parte del Manto, y viceversa.

Y, por último, el Núcleo Interno, el centro del armario, la ropa del origen de la Tierra, esas prendas que Gregor nunca ha llegado a vestir, esos pantalones ajustadísimos, esas camisetas con estampados imposibles, esas sudaderas supuestamente “*unisex*” heredadas de su hermana. El Núcleo Interno, el fondo del armario, compartía espacio con una carpeta azul que, al estar en las profundidades de la Tierra, era imposible ser descubierta por ningún espeleólogo o, en el caso de esta casa, por ninguna espeleóloga que pudiera descubrir los secretos que Gregor guardaba en ese estrato.

Pues ni en un lado ni en otro estaba la maldita corbata. Si se la puso para una comunión, debería estar entre el Manto y el Núcleo Externo, en ese estrato mixto de ropa que igual te pones en abril que en septiembre.

Mmm...

No estaba.

Quizá había pasado al Núcleo Interno, considerando que nunca más iba a ponerse una corbata. Gregor no sabía que @Albertotem iba a ponerla de moda...

Esta exploración a las tripas del armario solo tenía una solución.

GREGOR

Dónde está la corbata negra?

MAMÁ MOVIL

Has apagado la cafetera?

MAMÁ MOVIL

Para qué quieres ahora una corbata?

GREGOR

Para qué va a ser?

GREGOR

Para ponérmela.

MAMÁ MOVIL

Ni idea. Tienes una boda o qué? XD

Gregor odiaba cuando su madre ponía *XD* en los mensajes.

Estaba seguro de que ni sabía lo que significaba.

Además, ya existían emoticonos para eso.

Además, era una madre.

Una madre no debía hacer uso del móvil para algo que no fuera comunicarse de forma simple.

MAMÁ MOVIL

Creo que tu hermana la cogió para algo el otro día.

Gregor explotó.

—¡Niñata!

Así era cómo Gregor llamaba a su hermana cuando estaba de mal humor. Cuando estaban de bromas, también la llamaba así, pero el tono diferenciaba por completo un caso del otro.

—¡Niñata! ¿Dónde está mi corbata?

Gregor golpeaba la pared que separaba su habitación de la de su hermana mientras gritaba, esperando una respuesta.

—¡Greta! ¿Por qué coges mis cosas? ¿No tienes bastantes con las tuyas o qué? ¡Greta!

NIÑATA MOVIL2

K corbata? Esta?

El mensaje que Gregor recibió en el móvil iba acompañado de una foto del sábado anterior, en la que aparecía Greta con la famosa corbata.

GREGOR

Gilipollas, devuélveme la corbata.

GREGOR

Si quieres te dejo también mis calzoncillos, marimacho...

NIÑATA MOVIL2

A lo mejor eres tú el que quieres mis braguitas...

Gregor se quedó desconcertado. En ningún momento había pensado de verdad que su hermana fuera una *marimacho*; es decir, ni lo había pensado ni le importaba, en el caso de que fuera eso a lo que se refería esa palabra. De hecho, odiaba cómo sonaba esa palabra. Solo se lo decía porque, últimamente, le había dado por ponerse una camisa de cuadros que parecía de chico, de hombre, pero que ella juraba haberse comprado en el *Bershka*. Era solo una forma, entre estúpida y fuera de lugar, que tenía de picar a su hermana.

Pero la provocación que ella le había devuelto era mucho

mayor que la que él le había lanzado.
Y Gregor lo había notado.
Gregor fue a por todas.

GREGOR

Niñata, o me devuelves la corbata o le digo a mamá con quién estabas cuando te hiciste esa foto. Y dónde.

Gregor no solía atacar.
Era más bien de aguantar golpes. Estaba acostumbrado.
Pero, cuando lo hacía, lo hacía por todo lo alto. Gregor aún no conocía el secreto de su hermana, pero estaba muy cerca de descubrirlo. Cuando lo hiciera, lo guardaría para aprovecharlo en algún momento. No hubiera querido desperdiciarlo por una corbata, pero todo lo que había ido pasando a lo largo de esa mañana lo estaba sacando de quicio.

NIÑATA MOVIL2 está escribiendo.

NIÑATA MOVIL2 está escribiendo.

NIÑATA MOVIL2 está escribiendo.

¿Qué coño estaba escribiendo? ¿El Quijote?
A Gregor le desesperaba cuando alguien se quedaba “horas” escribiendo para terminar enviando un “Ok”. ¿Por qué no le devolvía la corbata y punto? ¿Por qué tenía que coger sus cosas? El armario de Greta era como el almacén de una tienda del centro. Además, como variaba de peso a menudo, tenía prendas de varias tallas.
Incluso varias tallas de la misma prenda.
Era la forma que Greta había encontrado de disimular cuánto iba creciendo a lo alto... y a lo ancho. Gregor lo sabía e intentaba no usar ese arma bajo ningún concepto. Sabía que Greta lo llevaba mal y no quería tocar ese punto. A pesar de

todo, era su hermana y no quería hacerle tanto daño.

NIÑATA MOVIL2

Tienes la corbata en tu puerta, gilipollas.

Gregor abrió un poco la puerta de su habitación y encontró colgada la corbata del pomo. A la vez que cerraba la puerta, el móvil volvió a vibrar.

NIÑATA MOVIL2

Como le digas a mamá lo del sábado, le cuento a toda tu clase lo de la carpeta azul de tu armario.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Gregor. Abrió rápidamente la puerta de su habitación para encontrarse con su hermana pero, justo en este momento, Greta salía de la casa y daba un portazo.

En la cocina, el sonido brusco del tostador hizo que una tostada negra saltara por los aires.



¿Quieres continuar conociendo el mundo de Gregor?
Entra en www.metamorfosischangechange.com

En esta web, encontrarás un videojuego gratuito basado en la novela en el que tendrás que explorar el móvil de Gregor, superar el juego de plataformas Greg&Go, husmear en su diario virtual S.A.R.A. y unir las pistas para averiguar un número de teléfono que te llevará a un sorprendente e inesperado final.

Y, si te ha gustado, síguenos en las redes:
[instagram.com/jesustorresactor](https://www.instagram.com/jesustorresactor)
[instagram.com/elaedoteatro](https://www.instagram.com/elaedoteatro)
[instagram.com/thegregsamsa](https://www.instagram.com/thegregsamsa)
www.elaedoteatro.com

